PUNTOS DE VISTA

No están todas las sepulturas en los cementerios, ni son los cadáveres los únicos que se entierran.

Todo lo que desaparece muere, y todo lo que se olvida se sepulta.

Hay en la lengua un abismo donde enterramos los más tiernos afectos de la vida; es la fosa común, donde sepultamos nosotros mismos nuestros más vivos sentimientos.

Comparecemos por un momento el día de la boda y el día de la muerte. Esto es, el día de la unión eterna, y el día de la separación también eterna.

Preguntad al esposo en el momento en que la bendición del cielo acaba de santificar el amor de la tierra, y os dirá :

«¡Cuánto la quiero?»

Poco después llega la muerte con paso silencio-

so y boca muda, y señala con su dedo invisible la víctima que ha de arrastrar al sepulcro; y la víctima es aquella que pocos días antes inclinaba la cabeza, sometiéndose cariñosamente al dulce yugo de la unión eterna.

La vida ha desaparecido como la llama de una luz que el viento apaga.

Allí está el cadáver, que conserva todavía el último calor de la vida; aún se dibujan en sus labios entreabiertos los contornos fugitivos de la última sonrisa; bajo los párpados caídos parece que todavía brilla el resplandor de la última mirada.

Preguntad en este momento solemne de eterna despedida al esposo desolado, y os contestará:

«¡Cuánto la quería!»

¿Por qué, ¡oh misterioso lenguaje de los humanos sentimientos!, no puede decir ya: cuánto la quiero?

*
* *

Existe en la naturaleza un hecho constante, nunca desmentido en las sucesivas generaciones de sus variados linajes.

Consiste el hecho en la perseverancia con que cada especie se obstina en no reproducir más que á sus semejantes.

Esta es la ley de la naturaleza.

En el orden de los sucesos humanos, bien se puede decir que esa misma ley es la ley de la historia.

Las ideas vienen á ser las simientes cuyos frutos son los hechos; así es que, sembrando errores, sólo se pueden recoger catástrofes.

El mundo actual se encuentra bajo la acción inexorable de esa ley, impuesta lo mismo á la naturaleza que á la historia.

Si, en efecto, por el fruto se conoce el árbol, por el orden de los hechos que nos agitan y nos amenazan, debemos inferir el orden de ideas que nos domina.

El trastorno en los acontecimientos nace siempre del trastorno de las inteligencias, porque es imposible que nadie se vuelva loco sin perder el juicio.

Detrás de todos los refinamientos están siempre todas las barbaries, porque no se puede obligar al fuego á que no incendie, al rayo á que no destruya, al huracán á que no arrase, á la corrupción á que no corrompa.

No nos damos cuenta de las inquietudes que nos asaltan, de la ansiedad con que vivimos, de la interinidad á que están condenadas todas las cosas que nos rodean, y que nosotros mismos hemos creado, precisamente cuando parece que el hombre ha entrado en plena, permanente y pacífica posesión de todas las felicidades de la tierra.

Nosotros no acertamos á compaginar este absurdo enlace de las cosas.

Si todo está hecho para que se realice nuestra común felicidad, ¿de dónde nacen tantas catástrofes, tantos desastres y tantas tribulaciones?

Los acontecimientos, más lógicos que los hombres, siguiendo dócilmente el impulso de los errores que los engendran, se enlazan entre sí con precisión rigurosa.

La lógica que los guía es la ley de la historia.

No acierto á explicarme por qué las épocas en que se pronuncian más discursos han de ser, por lo común, las épocas en que menos se discurre.

El fenómeno salta á la vista: de un lado tenemos que se habla por los codos, y de otro nos encontramos con que todo lo que se hace parece hecho con los pies.

Por una parte, el concierto de la elocuencia; por otra parte, el desconcierto de todas las cosas.

No sé en qué misteriosa balanza se pesan las palabras y las obras; pero es el caso que en la misma proporción en que sube el platillo de la palabra, baja el platillo de los hechos.

Asistid á cualquiera de los continuos concursos de oradores que la política nos ofrece, ya en el Senado, ya en el Congreso, y después de una sesión más ó menos borrascosa, saldréis de allí arqueando las cejas, y exclamando:

«¡Bien!.... ¡Muy bien!»

Pues descended por un momento de las altas

regiones en que se fraguan los rayos de la palabra; bajad, digámoslo así, á la tierra en que vivimos los simples mortales; poned el dedo en la llaga que de alto á bajo por todas partes presenta la realidad de las cosas, y huiréis á esconderos en el último rincón de vuestra casa, y, llevándoos la mano á la cabeza, repetiréis muchas veces:

«¡Mal!.... ¡Muy mal!»

Saco por consecuencia que tener el talento en la punta de la lengua casi equivale á no tenerlo en ninguna parte.

En la antigua Grecia se pensó alguna vez muy formalmente en coronar de flores á los filósofos y arrojarlos de la república.

Nosotros hemos decidido otra cosa: hemos resuelto legar á la posteridad las ruínas de todo lo existente coronadas de flores retóricas.

Los sofistas fueron los grandes hombres del bajo imperio.

*
* *

El hombre embellece todo lo que ama, y diviniza todo lo que cree. Pues bien: á pesar de que la ciencia novísima nos ha declarado nada menos que dioses, todavía no nos hemos decidido á creerlo, en razón á que no encontramos manera de divinizarnos.

Nosotros no acertamos á compaginar este absurdo enlace de las cosas.

Si todo está hecho para que se realice nuestra común felicidad, ¿de dónde nacen tantas catástrofes, tantos desastres y tantas tribulaciones?

Los acontecimientos, más lógicos que los hombres, siguiendo dócilmente el impulso de los errores que los engendran, se enlazan entre sí con precisión rigurosa.

La lógica que los guía es la ley de la historia.

No acierto á explicarme por qué las épocas en que se pronuncian más discursos han de ser, por lo común, las épocas en que menos se discurre.

El fenómeno salta á la vista: de un lado tenemos que se habla por los codos, y de otro nos encontramos con que todo lo que se hace parece hecho con los pies.

Por una parte, el concierto de la elocuencia; por otra parte, el desconcierto de todas las cosas.

No sé en qué misteriosa balanza se pesan las palabras y las obras; pero es el caso que en la misma proporción en que sube el platillo de la palabra, baja el platillo de los hechos.

Asistid á cualquiera de los continuos concursos de oradores que la política nos ofrece, ya en el Senado, ya en el Congreso, y después de una sesión más ó menos borrascosa, saldréis de allí arqueando las cejas, y exclamando:

«¡Bien!.... ¡Muy bien!»

Pues descended por un momento de las altas

regiones en que se fraguan los rayos de la palabra; bajad, digámoslo así, á la tierra en que vivimos los simples mortales; poned el dedo en la llaga que de alto á bajo por todas partes presenta la realidad de las cosas, y huiréis á esconderos en el último rincón de vuestra casa, y, llevándoos la mano á la cabeza, repetiréis muchas veces:

«¡Mal!.... ¡Muy mal!»

Saco por consecuencia que tener el talento en la punta de la lengua casi equivale á no tenerlo en ninguna parte.

En la antigua Grecia se pensó alguna vez muy formalmente en coronar de flores á los filósofos y arrojarlos de la república.

Nosotros hemos decidido otra cosa: hemos resuelto legar á la posteridad las ruínas de todo lo existente coronadas de flores retóricas.

Los sofistas fueron los grandes hombres del bajo imperio.

*
* *

El hombre embellece todo lo que ama, y diviniza todo lo que cree. Pues bien: á pesar de que la ciencia novísima nos ha declarado nada menos que dioses, todavía no nos hemos decidido á creerlo, en razón á que no encontramos manera de divinizarnos.

Cualquiera que sea la extensión del poder que nos hemos apropiado, es lo cierto que, por ahora al menos, no nos es posible arrodillarnos delante de nosotros mismos para tributarnos el homenaje de nuestra propia adoración; y en cuanto á reconocer en los demás el privilegio de esta deificación, la cosa ha llegado un poco tarde, pues nunca ha tenido el hombre peor concepto del hombre.

Sea lo que quiera, ello es que no somos unos dioses empíricos creados por la casualidad, no; el hombre-dios no es un quídam divino, no es el hombre (alias) dios, sino la ciencia humana elevada á divinidad por su propia y particular sabiduría.

Le debe á la naturaleza el ser hombre: perfectamente; pero el ser dios se lo debe á sí mismo.

Mas he aquí un dios que nace llorando, que vive gimiendo, que enferma, que envejece, que muere, que tiene hambre, que tiene sed, que tiene sueño; que su propia divinidad le debe ser tan insoportable, que desde que es dios no alcanza un momento de reposo, y á dos menos tres se desespera, enloquece y se suicida, como el último, como el más desdichado de los mortales.

Nerón se hizo tributar honores divinos; Calígula se hizo Júpiter, y paseaba las calles de Roma en un carro que, en medio de ardientes relámpagos, tronaba lo mismo que las tempestades. Nosotros hemos perfeccionado el género; nos dejamos en libertad de que cada uno se rinda á sí propio el culto que más gracia le haga, y una vez dioses, nos

hemos constituído en tempestad permanente. Todo truena entre nosotros, los tronos, los Bancos, los pueblos.... Somos un trueno continuo. Difícilmente se encontrará en la historia de los hombres una dinastía de dioses más tronada.

Deduzcamos la última consecuencia. Aquí, en la confianza de nuestra intimidad olimpica, todo podemos decirlo:

El hombre-dios no es, en resumen, más que un pobre diablo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*
* *

Nihilismo en Rusia, socialismo en Alemania, comunismo en Francia.... Digan lo que quieran los espíritus apocados, la perspectiva no puede ser más risueña. Eso sí, parece que se nos acerca el término del camino, porque, después del nihilismo, del socialismo y del comunismo, no hay más allá; quieras que no quieras, se ha pronunciado la última palabra, se ha agotado el furor de las innovaciones y la manía de los ideales; pero el último acto del drama debe ser siempre el más interesante. El nudo se aprieta más cada día.... ¿Quién lo desata? Se han sembrado las semillas, la tierra era fértil, y he ahí los hechos.

No sé qué diferencias pueden separar á esas tres fracciones del último pensamiento; pero existiendo

entre ellas la homogeneidad del mismo fin, son quebrados de una misma unidad, que tienen su común denominador : la Internacional.

Muy bien; pero, ¿qué es esto?

Es la cosa más natural del mundo: una testamentaría, ante la que se presenta un concurso de acreedores.

¿Quién ha muerto?

Ha muerto la conciencia.

¿Y á esos acreedores qué se les debe?

Todo, puesto que todo se les ha prometido y todo lo quieren.

¿Y cuáles son los títulos de su derecho?

Sus derechos son los de la pared que se desploma so pretexto de que se han socavado los cimientos; el terrible derecho de la consecuencia que se desprende del principio; el derecho con que el fuego quema, el rayo aniquila, el huracán arrasa y la corrupción corrompe. Su título es la fuerza.

¿Qué piden?

Piden la herencia del mundo.

¿Qué son, pues?

Son nuestros presuntos herederos: más aun; nuestros herederos inmediatos: más todavía; nuestros herederos forzosos.

II.

Se ha dicho que la imaginación es la loca de la casa, y sería loca de atar, si no hubiesen salido al paso de esta contingencia, alegando que es condición indispensable de su naturaleza ser completamente libre.

Ello es que entre sus aficiones particulares, la pintura obtuvo especial preferencia, y es su aptitud tan rara, que sería capaz de pintar el vuelo de una mosca.

Como sus grandes consumidores son los deseos, siempre se encuentra dispuesta á complacerlos, y aunque suele hacerse pagar muy caros sus dibujos y sus colores, con cuatro pinceladas sale del paso; y es tan seguro el lápiz con que dibuja, y tan vivo el colorido con que anima sus cuadros, que el lienzo es la verdad misma. ¡Ah! ¡siempre parece que lo estamos tocando con las manos!

Á esta loca, con quien nos encontramos al dar los primeros pasos en la juventud, la encargamos el retrato de la mujer, que, andando el tiempo, hemos de hacer dueña de nuestro corazón, aunque el original no lo hemos encontrado todavía.

La loca no se hace esperar, y en cuatro rasgos, siempre de mano maestra, nos pone delante la imagen deseada.

Ella es, no hay duda; es ella misma. Allí están sus ojos y sus miradas, su boca y sus sonrisas; es ella en todo lo que se ve, y ella en todo lo que se adivina. Mujer espiritual, que flota en la vida sin poner los pies en la tierra; mujer vaporosa, que sueña y no duerme, que vive y no come, que anda y no pisa.

Ahora no hay más que coger el retrato y buscar el original.... Aquí está; no hay que darle más vueltas; es la imagen que se ha copiado á sí misma.

Pero, ¡oh qué desengaño!.... Esta mujer es caprichosa, más aún, impertinente; come con buen apetito, duerme y hasta ronca; se constipa como cualquiera, estornuda, tose; ¡santo Dios!, y se suena, gruñe, regatea, murmura, se ríe como una tonta, habla como una descosida, y llora, permítaseme decirlo, á moco tendido.

He ahí cómo la poesía de la mujer se desvanece en la prosa de la vida.

*
* *

Nunca las mujeres han querido ser feas, y muy pocas veces los hombres se han contentado con ser pobres; pero en la sociedad actual, el empeño de las mujeres en ser hermosas raya en la manía, y el afán de los hombres por ser ricos toca en locura. Sólo Dios sabe lo que es capaz de hacer una mujer

para embellecerse, y todos sabemos lo que hacen los hombres por redondearse.

En el mutuo comercio establecido entre las dos mitades del género humano, la cuenta es corriente: de una parte, la belleza; de otra, el dinero: ellas, la *toilette* que las perfecciona; ellos, el negocio que los completa.

Así es que el amor ha venido á reducirse á simples contratos.

Dice la hermosura: «Tanto valgo.»

Dice la riqueza: «Tanto tengo.»

De todos modos, la operación comercial que resulta de este mutuo convenio es ventajosa para ambas partes, puesto que una y otra salen ganando.

En la plaza del mundo, la hermosura es un don que las mujeres le deben á la naturaleza, y que con mayor ó menor descuento se lo cobran á los hombres.

Al mismo tiempo, la riqueza es un beneficio que, sea como quiera, se debe el hombre á sí mismo, y que más tarde ó más temprano suelen pagarlo las mujeres.

*
* *

Fué Júpiter un dios bastante calavera; conservó siempre su juventud, nunca dejó de ser hermoso, y su jerarquía olímpica no dejaría de dar realce al

encanto de su persona. Sus aventuras atestiguan que no fué Juno la diosa más feliz del Olimpo, pues el hijo de Saturno debió tener mucho partido con las mujeres.

Mas, no obstante, Júpiter, dios, joven y hermoso, tuvo alguna vez que apelar al recurso de convertirse en lluvia de oro para seguir haciendo de las suyas.

Ya sé que siempre ha sucedido lo mismo, y que el caso de Júpiter no es más que el boceto del cuadro. Pero la vida ha llegado en nuestros tiempos á ser muy cara, porque el género humano es ya demasiado viejo, y necesita rodearse de muchas comodidades; por consiguiente, la mujer más modesta no acierta á vivir sin buena casa, buena mesa y buenos vestidos. Lo diré en francés, para mayor elegancia y mejor inteligencia : no puede vivir sin *confort*, sin *ménu*, sin *toilette*.

Ante el imperio de estas tres necesidades, todo sentimiento dobla la cabeza; el amor abre los ojos y se encuentra vendido, porque Júpiter, envejecido y achacoso, se presenta convertido en copiosa lluvia de refinadas comodidades; la mujer quiere llorar y sonríe, guarda su corazón y vende su mano.

¿Y qué? La madre se alegra, la familia se regocija y el mundo la felicita. Se salva la opulencia, y la mujer se pierde.

¡Qué vida!.... y.... ¡qué desdicha!

*
* *

Desde que la razón se ha convertido en número, los que no tenemos á la mano un ejército ó una mayoría de votos ó unos cuantos millones de reales, no sabemos qué hacernos de ella; la conservamos como antiguo título de nobleza, poco más ó menos como guarda el hidalgo linajudo los viejos pergaminos con que atestigua su ilustre abolengo; títulos nobiliarios que le harían hoy mucho más al caso si pudiera convertirlos en títulos de la Deuda.

Tener razón no es precisamente una cosa inútil, sino que además suele ser una circunstancia peligrosa cuando no la acompaña el poder de un ejército ó la adhesión de una mayoría, y la respetable influencia, por lo menos, de cuatro ó cinco millones de pesetas.

Así vemos á las naciones empeñadas en hacer armamentos, á los gobiernos en hacer mayorías, á los individuos en hacerse ricos, y todo, ¿por qué? Por apropiarse el privilegio exclusivo de tener razón sobre todos los hombres y contra todas las razones.

Regla general: la razón, sin más amparo que la razón misma, se ve vencida en los campos de batalla, anulada en las votaciones de las Asambleas, perdida en las encrucijadas de los tribunales, que, ya de un modo, ya de otro, están encargados de reconocerla.

Como si la razón hubiese llegado á ser un delito, concita contra sí la fuerza de unos, los votos de otros, el dinero de todos ; y vencida, anulada y

perdida, se va con el que más puede, con el que más sabe, con el que más tiene.

La razón será siempre el orgullo del hombre; pero el que no posea más que razón, debe esconderla como un tesoro en el último rincón de la casa, porque da miedo de tenerla.

*
* *

Se ha dicho:

«De poeta, músico y loco,
Todos tenemos un poco.»

Y es verdad. ¿Quién no ha hecho versos, ó, por lo menos, no ha deseado hacerlos? ¿Quién no canta, aunque no sea más que en la mano? ¿Quién no lleva en la cuenta de su vida la respetable suma de algunas locuras?

Pues bien: de sabios lo tenemos todo, porque los conocimientos humanos se han extendido tan prodigiosamente, que todos hablamos ya con perfección admirable el *caló* de la ciencia. El que parezca más ignorante, tiene fraguados á estas horas, con cuatro toques de sabiduría: primero, un dios á pedir de boca; segundo, un gobierno de mano maestra; tercero, un hombre que ni pintado.

En cualquiera de las épocas bárbaras por que ha pasado la historia de la especie humana se habría

llamado á esto *pedantería;* nosotros, más cultos, lo llamamos *ilustración*. En la mesa de un café, alrededor de la chimenea de un casino, en la tribuna de un Ateneo, desde cualquiera de los bancos de este ó el otro cuerpo colegislador, se corrige el cielo, se reforma la tierra y se restaura el hombre; pero el cielo se cree inmejorable, la tierra se declara incorregible, y el hombre empeora.

Hay dos estadísticas que debieran hacerse.
Una, la de los sabios que nos inundan.
Otra, la de los crímenes que nos aterran.
O de otra manera:
La de la ilustración que nos enaltece.
Y la de la perversidad que nos deshonra.

*
* *

Si la moda no impusiera el imperio de sus novedades más allá de los límites del vestido, de la mesa, de los saludos y aun de los asuntos que son el platillo de las conversaciones, la cosa no pasaría del tocador, de la cocina y de los salones, y todo se arreglaría sometiéndonos á la extravagancia del último figurín, al refinamiento del último plato, al rigor de la última manera de saludar; y hablando hoy de la última corrida de toros, mañana del último baile, del último cantante.... de todo, en fin, lo que sea lo último, cumpliriamos con los deberes de la moda.

Mas es el caso que la moda se ha extendido por todos los dominios, y hay que ser como ella lo dispone, ó condenarse á vivir confundido con el vulgo de las gentes; esto es, á enterrarse vivo.

Sabido esto, véase ahora el muestrario escogido de la última moda.

Es de rigor:
Hablar por los codos.
Escribir con los pies.
Comer á dos carrillos.
Es de buen efecto:
Entrar descalzo y salir en coche.
Vender al amigo y comprar al enemigo.
No conocer al rey más que por la moneda.
Están muy en boga:
El alma á la espalda.
Las manos puercas.
Las uñas largas.
Y, en fin, hacen *furor:*
Las quiebras.
Los secuestros.
Los suicidios.

*
* *

No son pocas las navidades que el hombre cuenta ya sobre la tierra; mas por lo visto no estamos contentos con la decrepitud que hemos alcanzado, y quieras que no quieras, hemos resuelto hacer del *hombre prehistórico* un ascendiente que

sustituya á Adán, y nos proporcione un origen mucho más antiguo.

La ciencia, que por una parte hace generosos esfuerzos por rejuvenecernos, rodeándonos de maravillosas novedades, como si la vida fuese una cosa nueva, el mundo una cosa no vista, y el hombre una cosa acabada de hacer, por otra parte se empeña en dar á la vida, al mundo y al hombre una genealogía que se remonte á tiempos muy anteriores á la época del Paraíso.

Es decir, que hemos venido al mundo trayendo ya una edad bastante avanzada; que empezamos á vivir en los momentos de nuestra mayor ancianidad; en una palabra: que hemos nacido muy viejos.

Mas para atestiguar la triste decrepitud en que se encuentra, no es, en verdad, absolutamente indispensable el testimonio fósil del *hombre prehistórico,* porque basta observar que hemos traspasado los límites de toda edad posible.

La descomposición sobreviene después de la muerte.

Pues bien: el estado de corrupción en que nos encontramos, nos descubre que llevamos dentro de nosotros mismos este fúnebre absurdo.

Llevamos el cadáver corrompido de nuestra vida.

FIN.